

la Ilustración de la Infancia



REVISTA TIPO-AUTÓGRAFA DE EDUCACION Y RECREO

DIRIGIDA POR
D. CARLOS LUIS DE CUENCA.

COLABORADORES.

Asensi (D.^a Julia).
G.^a Balmaseda (D.^a Joaquina).
Gassó y Ortiz (D.^a Blanca).
Gimeno (D.^a María de la Concepcion).
Grassi (D.^a Angela).
Sinues (D.^a María del Pilar).

Añaro (D. Manuel Ibo).
Ballester (D. Guillermo).
Barrera (D. Pedro).
Campoamor (D. Ramon).
Castillo y Soriano (D. José).

Castillo y Alba (D. Enrique).
García Santisteban (D. Rafael).
Hartzenbusch (D. Juan Eugenio).
Henao y Muñoz (D. Manuel).
Hurtado (D. Antonio).
Rafael Monroy y Belmonte.

La correspondencia se dirigirá á los Editores GONZALEZ y BALARI, Silva, 12, Madrid

ITINERARIO

DE

LA PASION DE JESUCRISTO

Aproximándose la semana consagrada en el año para la conmemoracion de la agonía y muerte del Hijo de Dios, hemos creído que nuestros católicos lectores verán con gusto las presentes líneas que despues de un estudio detenido de las narraciones de distinguidos viajeros por *Tierra Santa*, cuya veracidad y exactitud son notorias, hemos venido preparando á fin de publicar nuestros apuntes en una época en que la oportunidad les prestara el mayor interes.

Referir á grandes rasgos, por las dimensiones reducidas de nuestra *Revista*, los principales momentos del sublime sacrificio, de la divina epopeya de la redencion del humano linaje, dando noticia, al recordarlos, del lugar en donde sucedieron, parecenos que es un trabajo que ofrece á

nuestros lectores alguna novedad dentro de la invariable narracion por todos conocida y admirada como historia santa del Nuevo Testamento; y para ayudar á nuestro humilde relato, insertamos un plano de Jerusalem tal cual estaba en la época en que Jesucristo padeció y murió por el hombre.

Saliendo de Jerusalem por la *Puerta Oriental*, bájase al *Valle de Josafat*, y despues de cruzar el torrente de *Cedron*, se encuentra el monte de los *Olivos* y á corto trecho el huerto y la gruta de *Getsemani*.

A este lugar es donde Jesus, despues de cenar con sus discípulos, fué á orar, y donde decia: «Padre: si es posible, traspasa de mí este cáliz; mas no se haga mi voluntad, sino la tuya.» Allí, puesto en agonía, fué su sudor como gotas de sangre que corria hasta la tierra, y le apareció un ángel del cielo que le confortaba.

Los olivos que aún existen en aquel sitio son ocho, y hasta los turcos los miran con piadoso respeto, no consintiendo que sean

profanados, y estos olivos se cree que son del tiempo en que Jesús oró en el huerto, según las noticias de viajeros que se han ocupado con detenimiento del particular (1).

En aquel mismo lugar fué preso Jesús por la traición de su discípulo Júdas, y desde allí comienza la *Via del Cautiverio*, que hasta la casa de Anas tiene una milla de longitud. Cruza esta vía el Valle de Josa-

(1) Dr. Schubert, Marmont, Chateaubriand, Lamartine, Mislin y otros.

fat, atraviesa el *Cedron*, y penetrando en la ciudad por la *Puerta Esterquilinaria* termina en la casa de aquel pontífice, sita en el Monte Sion. En esta casa fué interrogado Jesús y recibió la bofetada de uno de los ministros, y desde allí fué trasladado á casa del yerno del pontífice, llamado Caifas, que habitaba á poca distancia fuera de la Puerta de *Sion* y en la actualidad se halla convertida en convento, junto á cuyo altar mayor está el sitio en que Jesús permaneció



atado en aquella cruel noche, y en el atrio fué donde San Pedro negó á su Maestro hasta tres veces, cumpliéndose la profecía del Salvador que le había dicho: «Antes que el gallo cante me negarás tres veces.» Allí fué condenado Jesús por blasfemo, porque decía ser hijo de Dios.

De esta infame mansion fué llevado al

Pretorio ó casa de Poncio Pilato, gobernador romano, que vivía al extremo Noroeste del recinto exterior del templo: esta es la primera estación del Camino de la Cruz ó *Via Dolorosa*.

La escalera que subió Jesús, conocida con el nombre de *Scala Sancta*, está actualmente en Roma en la basílica de San Juan

de Letran. Consta de veintiocho gradas, y es tal el número de fieles que la sube de rodillas, que ha habido que cubrirla de madera de nogal, cuyo entarimado se ha renovado ya varias veces.

Pilato, á quien faltó valor para resistir las falsas acusaciones de los judíos, envió á Jesús, por ser galileo, á que lo juzgase *Heródes*, que era á la sazón *tetrarca*, y fué conducido á su morada, situada cerca del Pretorio en la Colina de Acra. Allí Heródes esperaba presenciar como un curioso espectáculo *algun milagro* de Cristo, y como no lo logró hizo escarnio de su reinado vistiéndole una túnica blanca y mandándole otra vez á Pilato. En el Pretorio fué el Salvador azotado y coronado de espinas. A setenta varas de este lugar, siguiendo la Vía Dolorosa, se encuentra un arco cubierto, con dos ventanas. Es muy probable que Pilato eligiera aquel alto pórtico más visible para la muchedumbre, para mostrarla al Redentor en el triste momento del *Hece Homo!*

Desde la casa de Pilato caminó Jesús con la cruz á cuestas hasta la cima del Calvario, recorriendo una distancia de 1.320 pasos. La calle, de 200 piés de larga, forma declive y se encuentra con la que viene de la Puerta de Damasco, y á la izquierda, bajando, está el sitio donde la Virgen María vió pasar á su Hijo y cayó desmayada.

Al extremo de la calle, sucumbiendo al peso de la cruz y los sufrimientos, cayó el Salvador por vez primera. Una columna de mármol encarnado señala en la actualidad aquel sitio. A la derecha se sube por una calle cuyo ascenso es bastante áspero; los cristianos han hecho otro punto de señal en el sitio donde cayó por segunda vez y en que encontró las mujeres de Jerusalem que lloraban. Hacia la mitad de la calle, á la izquierda, el lugar en que estaba la Verónica, aquella santa mujer que enjugó el sudor de la frente de Jesús. En lo alto de la calle estaba la Puerta Judiciaria, y en este punto empieza el Gólgota, donde se ejecutó la terrible sentencia, siendo el Redentor clavado en la cruz entre dos ladrones.

El punto más elevado del Calvario y los lugares adyacentes, están hoy comprendidos dentro de la iglesia del Santo Sepulcro, donde termina la Vía Dolorosa.

Este es el trayecto que recorrió el Hijo de Dios, condenado de la manera más ini-

cua é ilegal que se conoce, logrando con su martirio y muerte la divina obra de nuestra Redencion.

C. y V.

UN EPISODIO DE LA VIDA DE BEETHOVEN

Siempre pobre, relegado de la sociedad por el desprecio de los otros, dotado de un carácter naturalmente adusto, y exasperado además por la injusticia, componía Beethoven en su retiro la música más sublime que el hombre inventó jamás. Hablaba en esta lengua divina á los hombres, que no se dignaban escucharle, como la naturaleza les habla por la celestial armonía del viento, del agua, del canto de los pájaros. Y sin embargo, su talento era tan desconocido, que él había debido dudar de su genio alguna vez, y esta es la tortura más atroz para un artista. Haydn mismo no encontraba para él otro elogio que decir que era hábil para tocar el clave, lo cual vale tanto como decir de Rivera que muele bien los colores, ó de Zorrilla que no comete faltas de ortografía ó que hace muy buena letra.

Tenía un amigo, Hummel, pero la pobreza y la injusticia irritaban á Beethoven y le hacían á él mismo injusto alguna vez; estaba reñido con Hummel y no se veían hacía mucho tiempo; para colmo de su desgracia había llegado á quedar completamente sordo.

Beethoven se había retirado á Bâden, en donde vivía triste y aislado, con una corta pension que apenas le bastaba para cubrir sus primeras necesidades. Su único placer era internarse en un hermoso bosque inmediato á la ciudad, y allí solo, entregado á su genio, componer magníficas sinfonías, dejar que su alma se elevase al cielo en armonioso ascenso, hablar á los ángeles una lengua demasiado sublime para los hombres, los cuales no la comprendían. Pero cuando ménos lo pensaba, una carta le llamó, á su pesar, á la tierra donde le aguardaban nuevas penas. Un sobrino que tenía á su cargo le escribió que complicado en Viena en un negocio desagradable, sólo la presencia de su tío podría sacarle de él. Beethoven partió, y para economizar dinero hizo una parte del camino á pié. Una noche se detuvo delante de una vieja casucha y pidió hospitalidad; faltaban todavía muchas leguas para llegar á Viena, y sus

fuerzas no le permitian continuar el camino de noche. Se le recibió y admitió á la cena, y despues se puso á la lumbre sentado en el sillón del jefe de la familia. Luégo que se levantó el mantel, abrió éste un viejo clave, y sus tres hijos tomaron cada uno su instrumento, que estaban colgados en la pared; la madre y la hija se ocupaban en labores de costura. El padre dió el compás y todos cuatro empezaron á tocar con ese entusiasmo, ese genio innato para la música, que sólo los alemanes poseen. Parecía que lo que tocaban les interesaba vivamen-

te, porque se abandonaban á la armonía con toda su alma; las dos mujeres dejaron su obra para escuchar, y en sus semblantes candorosos se advertía una dulce emoción y se comprendía que su corazón estaba comprimido.

Esta era toda la parte que Beethoven podía tomar en lo que pasaba, porque no le era dado oír una sola nota; únicamente la precisión de los movimientos de los ejecutantes y la animación de su fisonomía indicaban lo mucho que sentían. Luégo que concluyeron se apretaron la mano con efu-



sion, como para comunicarse la impresión de la felicidad que habían experimentado, y la joven se arrojó llorando en los brazos de su madre. Despues pareció que se consultaban todos, y volvieron á coger sus instrumentos y empezaron de nuevo; esta vez su exaltación llegó al último extremo, sus ojos brillaban arrasados en lágrimas.

—Amigos míos, dijo Beethoven, soy muy desgraciado en no poder tomar parte en el placer que estais gozando, pues también amo la música; mas ya lo habeis visto, soy tan sordo que no oigo ni un solo sonido.

Permitidme leer esa música que os hace sentir tan dulce y viva emoción.

Tomó el cuaderno, y sus ojos se oscurecieron, su respiración se detuvo; luégo se puso á llorar y dejó caer el papel, porque lo que tocaban aquellos campesinos, lo que tanto les entusiasmaba era el *allegretto* de una sinfonía de Beethoven. Toda la familia se reunió en torno suyo, manifestándole por señas su admiración y curiosidad. Por algunos instantes los sollozos entrecortados le impidieron todavía hablar; despues les dijo:

—¡Yo soy Beethoven!

Entonces ellos se descubrieron y se inclinaron con respetuoso silencio; Beethoven les tendía las manos y los rústicos se las estrechaban y besaban, comprendiendo que el hombre que tenían entre ellos era más que un rey. Luego le miraban para observar sus facciones y buscar en ellas el sello del genio y hallar alrededor de su frente una gloriosa aureola. Beethoven les abrió los brazos y todos se estrecharon, el padre, la madre, la joven y los tres hermanos. En seguida se levantó de pronto, se sentó de-

lante del clave, hizo señal á los tres jóvenes para que tomaran de nuevo sus instrumentos, y tocó él mismo su obra maestra: en aquel momento había desaparecido de entre ellos la humanidad y eran unas almas que se arrobaban en celestial armonía: jamás se oyó música más hermosa ni mejor ejecutada. Después que concluyeron, Beethoven quedó delante del clave, é improvisó cantos de felicidad y de acción de gracias al cielo, como no los había compuesto en toda su vida. Una parte de la noche se pasó en oírle. Estos eran sus últimos acentos. El jefe



BATALLA DE GUADALETE. (PÁG. 87.)

de la familia le obligó á aceptar su lecho; pero á media noche Beethoven se sintió con fiebre, se levantó, tenía una imperiosa necesidad de respirar aire libre y salió al campo con los pies desnudos. La naturaleza entonces producía también una majestuosa armonía; el viento sacudía las ramas de los árboles, ó se colaba silbando por entre los paseos y volvía impetuoso, arrancándolo todo al pasar. Beethoven se estuvo fuera largo rato. Cuando volvió á la casa venía yerto. Fueron á Viena á buscar un médico; se le había declarado una hidropesía de pe-

cho. A pesar de todos los cuidados que se le prodigaron, declaró el médico á los dos días que Beethoven iba á morir. En efecto, parecía que su vida se extinguía por instantes. Cuando estaba con el estertor entró un hombre en su cuarto; era Hummel; Hummel, su antiguo, su único amigo, que había sabido la enfermedad de Beethoven y le venía á socorrer con sus cuidados y dinero; pero no era tiempo; Beethoven no hablaba ya: una mirada de reconocimiento fué todo lo que pudo decir á Hummel. Este se inclinó hacia él, y con la trompeta acústica, por

medio de la cual podia Beethoven oír algunas palabras pronunciadas en alta voz, le manifestó el dolor que tenía de verle en aquella situación. Beethoven pareció que se reanimaba, sus ojos brillaban, y dijo:

—¿No es verdad, Hummel, que yo tenía talento?

Estas fueron sus últimas palabras; sus ojos quedaron fijos, su boca se entreabrió y dejó de ser. Dos días después se le enterró en el cementerio de Dubling, donde descansaba.

X.

HISTORIA DE ESPAÑA.

Dominación árabe.

Hallábanse los árabes, después de haber paseado sus pendones victoriosos por la Persia, la Siria y el Egipto, en posesión de la Mauritania, subyugada por las armas del Profeta, como aquellas otras regiones. Las olas del mar los separaban únicamente de España, pero su ardor bélico, su entusiasmo por los triunfos, su afán de conquistar no se había extinguido, y ya en tiempo de Wamba hicieron una tentativa seria sobre las playas españolas, que la energía de aquel monarca godo logró frustrar con la destrucción de la flota sarracena.

El pueblo árabe, joven, robusto y guerrero, como entonces era, no renunció, sin embargo, á sus designios respecto á España, mucho más cuando oía ponderar su suave temperatura, la calidad y abundancia de sus plantas y frutos, su claro y sereno cielo, sus grandes y cicas ciudades. Por eso llevó á efecto una segunda invasión, en Julio de 710, desembarcando en Tárrifa, desde donde pudo convencerse de la exactitud de cuanto había oído.

Entre tanto el califa *Walid* (*Al Walid*) que ocupaba el trono de Damasco, entusiasmado también con la idea y esperanza de que se cumpliese la predicción del Profeta, que prometía á sus discípulos el Oriente y el Occi-

dente, apremióse á enviar á *Muza ben Naceir el Bekri*, gobernador de África, amplios poderes para realizar la invasión; y en Abril de 711 arribaron, al mando de *Tarik ben Zayad*, á una península cubierta de verde, que denominaron *Alghesirith Alhadra*, (isla verde, hoy *Algeciras*) de cuyo punto pasaron á atrincherarse en el monte *Calpe*, que después se llamó *Gebel Tarik*, monte de *Tarik*, ahora *Gibraltar*.

En vano Teodomiro, jefe superior godo de Andalucía, se presentó á atacar á los invasores con un cuerpo de mil setecientos jinetes. ¿Quién podía detener el ímpetu de los africanos? Entonces fué cuando escribió á su Rey aquella célebre carta en que le decía: —“Señor, aquí han llegado gentes enemigas de la parte de África, que por sus rostros y trajes no se si parecen venidos del cielo ó de la tierra; yo he resistido con todas mis fuerzas para impedir su entrada, pero me fué forzoso ceder á la muchedumbre y á la impetuosidad suya; ahora, á mi pesar, acampan en nuestra tierra; luego, señor, pues tanto os cumple, que vengaís á socorrerlos con la mayor diligencia y con cuanta gente se pueda allegar; venid vos, señor, en persona, que será lo mejor.”

Rodrigo se enamoró, según refieren las crónicas, de una hija del Conde D. Julian, gobernador de Ceuta, plaza litoral de la Mauritania. Ciego de ira el ofendido padre, juró vengarse; y en unión de los hijos del destronado Witiza, y de su revoltoso y energético tío D. Onas, metropolitano de Sevilla, forma el infame y atrevido proyecto de abrir definitivamente las puertas de España á los árabes y moros de África.

Tal es el suceso famoso, que en sentir de nuestros cronistas, dió margen á la

conquista de esta Nación por los mahometanos.

Los críticos modernos, fundados, á la verdad, en graves razones, consideran apócrifa y fabulosa esta tradicion española, una de las más popularizadas. Cierito es que la historia no la ha hecho evidente; pero la razon, por lo ménos, la hace verosímil, toda vez que el lance en que se funda no está en disonancia con la conducta y costumbres que la generalidad de los historiadores atribuye á Rodrigo. Hay, sin embargo, sobradas causas, aparte de la referida, para explicar la entrada de los hijos del desierto en un territorio que tanto codiciaban, y por eso creemos que de todos modos aquélla se hubiera verificado.

Acude Rodrigo al llamamiento de Teodomiro, con numeroso ejército, dase la sangrienta batalla á orillas del rio Guadalete, cerca de donde hoy está Jerez de la Frontera, en viernes 31 de Julio de 711, y acaba allí la monarquía goda. Por todos los ámbitos de la Nación cesó un quejido de dolor, y cinco siglos después de la catástrofe, el Rey sabio nos pintaba el *Llanto de España* con tiernos y eloquentes rasgos.

Quedó, pues, sometida la España á las armas sarracenas; y lo que costó á los poderosos romanos siglos enteros de porfiada lucha, lo consiguieron los árabes en ménos de dos años.

ENRIQUE DEL CASTILLO Y ALBA.

LA CARIDAD EN LA INFANCIA

¡La caridad! Acto sublime que derrama sobre nuestros corazones reparador bálsamo, que prodigando dulces consuelos en el

alma de los que gimen bajo el peso de tanto infortunio como nos rodea en este valle de lágrimas, nos hace experimentar el goce purísimo que proporciona el alivio de nuestros semejantes y la complacencia del mismo Dios.

¡Préstamo divino que, entregado en pequeñas porciones, nos reembolsa desde luego en purísimas é inefables satisfacciones, y más tarde en eterna bienaventuranza!

¡Qué sería de nosotros, pobres peregrinos en el desierto de nuestra vida, si no tuviéramos el consuelo que proporciona el ejercicio de una virtud que sostiene nuestro angustioso y fatigado paso, para poder llegar al santuario que nuestro corazón anhela!

Y si sentimientos tan puros despierta esa virtud sublime en los corazones lacerados por las punzantes espinas de que está sembrado nuestro tortuoso camino; si tan consoladoras dichas proporcionan á las almas próximas á desfallecer bajo las asechanzas del vicio, ¿qué impresion no producirán en el sencillo corazón del niño, purísima azucena desarrollada al soplo de celestial ambiente y que todavía no ha doblado su tallo á impulso del violento huracán de las pasiones? ¡Oh! ¡Si fuera posible que examináramos su corazón sobre el cual cierne sus candorosas alas la inocencia en el instante en que con lágrimas en los ojos alarga á otro niño como él, en cuyo rostro se ve pintado el sufrimiento y la miseria, los pequeños ahorros que debe á la liberalidad de sus amorosos padres y que los destinaba á comprar el juguete cuya posesion le parecía la suprema felicidad, nos compadeceríamos á nosotros mismos al comparar los delicados goces de la virtud con los efímeros y punzantes de la satisfaccion de nuestras locas pasiones!

¡Qué se podría decir de aquel infinito contento que se apodera de su espíritu cuando ve que por su mediacion angelical el pobre viajero tendrá un lecho en que descansen sus fatigados miembros, una lumbre con que reanimar su aterido cuerpo! ¡Con qué alegría ofrecerá al hambriento el pan con que reparar sus perdidas fuerzas, al enfermo remedio á su penosa dolencia!

¡Cuántas bendiciones de corazones agradecidos recaerán sobre aquella alma saturada de las divinas emanaciones de la virtud!

Empero aquel niño desde que ha podido

articular palabras, le ha enseñado su virtuosa madre á balbucear el nombre de Dios; desde que su entendimiento ha sido capaz de comprender las excelencias de nuestra religion, ha aprendido que el ejercicio de la virtud es el único que puede proporcionar sensaciones purísimas, y que la caridad es la base de todas ellas: así es que su alma se ha impregnado en las celestiales máximas de Jesucristo, cuya infinita caridad, sellada con el precio de su divina sangre, llegó á considerar como hermanos á sus mismos verdugos, inaugurando con su ejemplo una era de paz y verdadera fraternidad entre todos los hombres.



¡Dichoso tú, tierno retoño de la humanidad, que has tenido la dicha de ver deslizarse los primeros días de tu existencia en el tierno regazo de una madre cristiana y virtuosa que ha sembrado en tu cándido corazón la semilla del bien!

¡Feliz mil veces tú, que con el celestial abono de la divina gracia ha llegado á fructificar en tu candorosa alma hasta producir variados y ricos frutos!

Tú eres la esperanza de esta sociedad, afligida al presente bajo el peso de innumerables males; en tu instruccion virtuosa, en tu educacion cristiana es donde únicamente podemos hallar un lenitivo á las desdichas que nos rodean.

Madres que teneis la divina mision de la educacion de la niñez: inclinad los sentimientos de los niños al ejercicio de la caridad, que, cual imán irresistible, atrae á las demás virtudes, y habreis echado uno de los cimientos de la regeneracion de nuestra sociedad.

¡Qué inmensa satisfaccion experimentará vuestra alma al ser bendecida por vuestros hijos por los inmensos beneficios que ha de reportarles la práctica de las virtudes que habeis inculcado en su corazón!

¡Con qué placer oireis desde el fondo de vuestras tumbas las alabanzas de aquellos cuya felicidad es el fruto de vuestras carifiosas lecciones!

¡Y qué responsabilidad tan terrible alcanzará á las que no han hecho cuanto ha estado de su parte para hacer germinar en el corazón de sus hijos los sentimientos de la caridad!

RAMÓN PALACIOS.

CHARADAS

1.^a

*Prima es letra, dos es letra,
tercera letra tambien.
El todo puede en el mundo
general llegar á ser.*

2.^a

*Prima y dos es inmortal,
dos y tres cayó del cielo,
cuarta y dos el gran calor,
y en cuanto al todo, te advierto
que tiene la facultad
de saber lo venidero,
y tiene juicio... y no obstante
se adquiere por poco precio.
(Las soluciones en el próximo número.)*

Solucion de la charada primera del número 10:

PELUCAS.

De la segunda:

COROLA.

MADRID.—Lit. de N. Gonzalez, Silva, 12